

EDITORIAL "LA AVISPA"

COLECCIÓN "CLIMA"

Al publicar "Pachamama", el teatro independiente "La avispa", cumple con otro de los propósitos de su declaración de principios: estimular la labor de los creadores en Cuyo. Para ello ha sido necesario recurrir de nuevo a la audacia de los integrantes de este grupo, que en su corta vida, ya ha probado con creces, el valor de la voluntad puesta al servicio de la cultura popular.

ARMANDO TEJADA GÓMEZ, el autor de "Pachamama", es un hombre joven, que de golpe —y por su sola valía— se incorpora al núcleo de grandes poetas americanos. Su poesía es un acontecimiento que casi nos asombra. Y nos asombra en Cuyo —tierra de poetas— porque por sobre el tono intimista de algunos, la cuerda erótica en otros y el trabajado arabesco de los más, la poesía de Tejada surge desnuda, densa de pensamiento, tremendamente lógica en su ambición de abarcarlo todo, para resumirlo y darlo con un sentido, con una ideología.

Un orden dramático perfecto preside

PACHAMAMA

ARMANDO TEJADA GOMEZ

PACHAMAMA

POEMA DE LA TIERRA Y EL ORIGEN

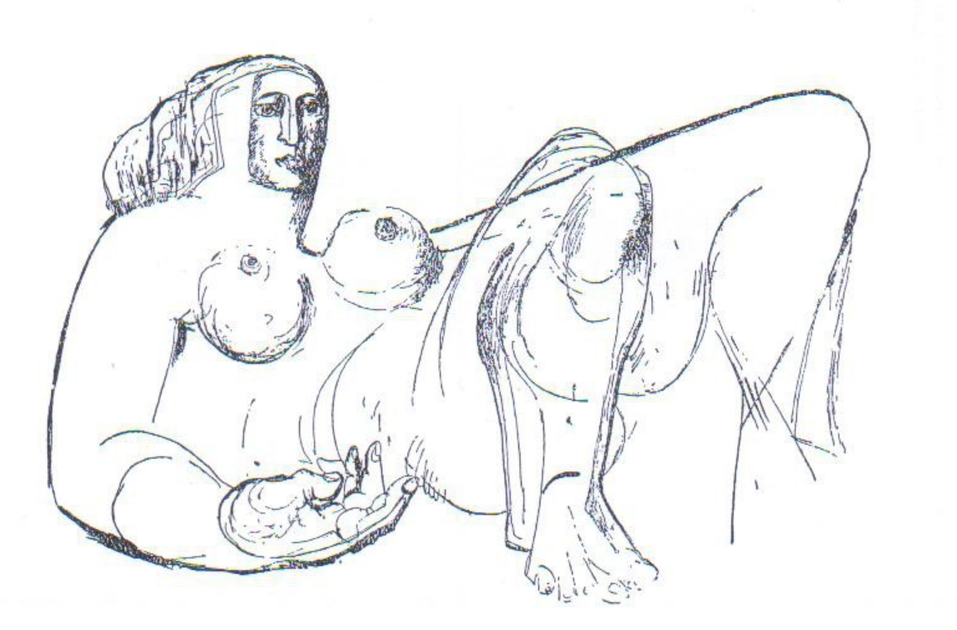
MENDOZA
1955

Ilustraciones:
JUAN CARLOS DE LA MOTA
ENRIQUE O. SOBISCH

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Al corazón de lo simple y elemental.

A mi madre, que sabe decir: "Antiguamente, la gente se saludaba sin conocerse".



Dibujo de JUAN CARLOS DE LA MOTA

ESTABA.
Era anterior.
Como fuego y no sólo como fuego.

Eran caparazones andando para fósiles,
fémur como camino,
costillas como abrazos,
esternón donde estaba el temor como un hueso,
tal vez un clamor ciego,
un alarido sólo,
tal vez,
primera carne animal y pesada,
sobre lo que ya estaba anterior,
bruscamente:
desde cuando la tierra se ensanchaba, girando
por entre torsos ígneos,

con triunfos de volcanes, cráteres, cordilleras
violentas como espaldas.
Tal vez ya preguntando por la hierba y el agua.

Estaba.
Era anterior.

Tierra venía a ser. Inevitable era.
Venía a su crecer rompiendo las estrellas.

Por millares de noches
sin luna y como un grito
que mordiera en el tiempo, monstruosas cabelleras
de lava y refucilos,
de totales tormentas.

Venía como un niño,
umbilical, rabiosa,
revelando el relámpago,
proclamando la piedra,
instaurando estampidos,
el fragor, la intemperie,
domando astros venía,
hurtando espacio, sombras,
desde allá, del vacío,
a procrear el llanto, la música y la fiebre.
A inaugurar el hombre,
desde entonces, la tierra.

Remota y sin caminos,
venía simplemente.
Hasta los meridianos, hasta erguirse en los polos,
hasta alzar la cabeza sobre todos los soles,
hasta ubicar su abdomen caliente, enardecido,
hasta repantigarse sobre toda la noche:
la que se abrió en el cielo para siempre. Final.

Así venía tierra, así venía entonces:
como un grueso esqueleto rondando el universo.
Venía,
simplemente,
a quedarse en la noche.

Nadie soñando, nadie.
Los peces en silencio.
En aquel, el silencio anterior a los peces.
Nadie hurgando raíces.
Digo desde el comienzo.
Antes de los pastores
que vendrían con perros.
Sin susurro y silbidos
de los bosques y el viento.
Antes de lo crecido.
Cuando no se nacía:
desde la misma, oscura, médula del silencio.
Desde allí tierra, digo.

Nadie.
Antes de la semilla y el sabor de los muertos.

Como si viera, digo.
Como al dorso del hombre.
Como tras de la sombra que venía conmigo.
Igual que regresando por abuelos perdidos
hasta la roca, el cauce,
la caverna distante, los rastros infinitos.
Como si fuera andando por raíz de osamentas
que ignoraron el grito.
Volviendo, para siempre, por llantos y alaridos
hasta el primer gigante,
hasta el primer rugido,
hasta la primer vértebra del primer asesino.

Como de vuelta, andando,
por un gran nacimiento que subiera conmigo.

Tal vez para indagarla deshabitada, ciega,
para anotar preguntas, informar cómo ha sido,
para saber las nuevas, primeras intenciones
de su abdomen henchido, de su entraña gestando
el pez,
la clorofila,
el primer vuelo hambriento,
la primer blanda carne del dolor y el olvido.

Andando, regresando,

de raíz y hacia abajo,
hasta la misma magia de la canción y el grito.

Crepitaba y dormía.
Tal vez movía un brazo y hacía una montaña.
Era el primer, enorme, ademán sin medida:
tierra como una orgía.

Me pronuncio en pedazos,
con la voz en astillas,
con mudos movimientos
de mi aguja perdida.
Todo en dedos punzantes.
Hondo hasta la cintura.
Me pronuncio en raíces
como un hábil pocero
que cantara, allá abajo,
cierta faena oscura,
cierta insolente vida.

Se mueve, sin embargo,
con cierto ritmo loco de incontables rodillas.
Viene de muy abajo, candente, misteriosa,
asciende reventando: bosques, países, cimas.

La voz a ras del polvo.

Canto como en cuclillas.
Un tambor subterráneo se sacude en la arcilla.

Entonces bostezaba rugosas cordilleras.
Con rudos ademanes restaba altura al cielo,
lanzando el Aconcagua al ámbito y la estrella.

Sismos tenía entonces.
Una muerte de arenas.
Rumores imprecisos danzando en las tinieblas.

La voz, la voz de boca,
hasta saber el gusto del tiempo y de la tierra:
le transcurría el fuego,
le andaba por afuera,
una hoguera fantasma gozaba su inclemencia
bajando las montañas, los valles, las estepas,
hasta morir en roca y detenerse en piedra.

Se parece al recuerdo.
Como si lo supiera.
Tal como si tuviera su misma edad,
recuerdo,
la tierra ya en la tierra.
En su lecho de oxígeno: grávida, tensa, lenta.
Ya bramando sus partos:
el anfibio,
la fiera,
la flor en los peñascos,

todos los dinosaurios,
las alas y la selva:
un fragor de latidos conmoviendo el planeta.
La tierra enloquecida,
jadeando,
parturienta.

Me concierne del tiempo.
He aparecido. Vengo.
La voz como un cuchillo
que estuviera naciendo.
Erguido.
Ya de pie.
Creciendo.

Supongamos las raíces,
las chipicas como brazos,
como redes, como pulpos, como garfios,
las raíces y las grietas,
como muertes, supongamos.

El chañar herido conoce mi sangre.
La supo en la siesta quemada hasta el hambre,
la aprendió silbando mis venas añejas,
en el viejo gesto feroz de la carne.
De la Cuyum carne,

nueva,
delirante...

...Tierra que te muerde mi rodilla en tronco.
Puesta en tus entrañas.
Tierra,
la escupida por el río turbio
de los viejos ojos:
por el primer llanto.
Llanto andando a tientas por tus soledades,
seco en algarrobos, tan hosco y absorto,
tan tremendamente como el primer hombre
con niño y colmillos,
con mujer al lado,
llanto aquél, primero, rugido de sombra cruel,
gesticulante.

Murmurando, tierra,
virginal de panes.
Testigo insondable de la primer seña.
El primer castigo se quedó en la arena
buscando mis manos.
Al fondo del tiempo se quedó vencida,
el día sin nombre de aquel primer parto:

de espaldas. A gritos.
Feroz contra el suelo,
misterio en la madre,
te inauguró, tierra, la mujer bramando.

De espaldas. A gritos.
Arrojando al tierno sollozo reptante.
Feroz contra el suelo,
el diente en los dientes,
mordiendo la sangre,
la mujer, la madre, la noche. Gritando.
Así como estaba:
la chilca, los pastos, revolcada,
sola,
sobre la sequía,
abierta en un grito, partida. Alumbrando.

...Y crujía endeble
hasta las mandíbulas.
Dramáticamente ya oteaba horizontes
sobre el medio día.
Curvado, temblando, total, vacilante.
De ahí para siempre.
Hasta las edades,
hasta árbol, carbones,
de ahí para siempre,
tierra,
para siempre,
siempre. Inevitable.
Igual que la nieve, la lluvia, los árboles.

Solo. Con sus manos.
Solo. Con su sangre.

Por aproximaciones.
Por parcelas de canto.
Casi por la demencia de mi boca y mis manos.
Todo país,
la tierra,
me absorbe hasta su entraña,
me engulle en sus llanuras, sus climas,
sus distancias.
Con toda boca, hundido.
La sed como una brasa
Alto en interrogantes,
con hombros, dimensiones:
abismo horizontal puesto para mis pasos.
Toda la voz quebrada,
mínima,
destrozada.
Por mis venas América, extendida a mi muerte,
invasora en mi carne.

Vengo desde el primero.
Desde el hombre de piedra.
Desde el torpe fantasma feliz de minerales.
Vengo precipitado.
Por parcelas de canto.
Rozando cierta sombra dormida en las montañas.
Inútil de razones.
Sumiso de palabras,
por la canción del clima,
por látigos de arena,

por cierto exiguo yuyo,
ilógico,
desnudo,
devolviendo el asombro de la visión,
la fábula,
con Pamperos y Zondas galopando en mi cara.

Tierra, que no sabía la voz y la guitarra.

De aquella noche: tierra de las respiraciones,
con el glóbulo inquieto,
despertando conmigo.
De aquella sombra: tierra de las transformaciones,
con el grito encerrado,
descubridor conmigo.
Sudándome en la frente,
subido en mi tobillo,
agitando mis manos,
por entre los testículos,
con una sed del fondo sacudiendo los hijos,
desde allí hasta mi sombra,
por entre la fatiga precursora: los hijos.

...Pero despierta poco.
Se queda en sus países.
Apenas el arroyo, apenas lluvia,
apenas,
calientes vegetales succionando su ombligo.

Oscuro topo atento, sumiso a sus raíces,
a sus múltiples garras: subterráneos destinos,
sin salvación, sin otros,
sedientos de humedades,
del agua,
del vestigio.

Decir invocaciones.
Desenterrar los ritos.
Girando.
Boca abajo.
Como a polvo.
Hasta el polvo.
Jadeando.
Boca arriba.
Como al cielo.
Hasta el cielo.
Hasta el fin latitudes,
hasta el último trozo:
agotar el tamaño sobre la piel del tiempo.

¡Pacha Mama,
cusilla!
¡Cusilla,
Pacha Mama!

¡Pacha Mama tambores,
en las cañas,

cusilla!
Áspera madre, tierra.
Pacha Mama.
¡Cusilla!

Y me vengo de adentro,
tambor en el aire, partiendo los pechos.
Por la ausencia vencida,
Pacha Mama,
cusilla,
y me vengo. Viniendo:
callado de cerro. Silencio.
De cerro silencio.
Me vengo de adentro
con un loco idioma, loco de silencio.

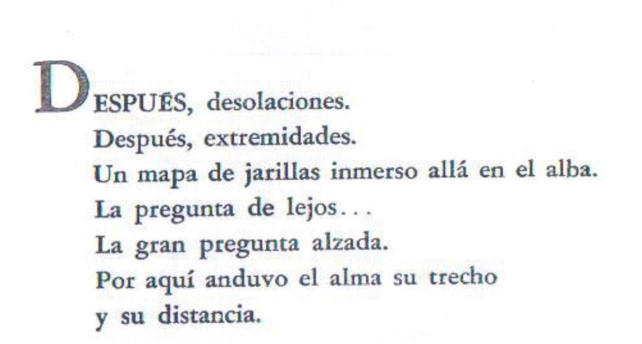
Por aproximaciones.
Por cortezas de canto.
Con un temblor de edades
atravieso los vientres.

Fatal de pie
y de nuevo oteando el horizonte,
como al arco su flecha,
total
y para siempre.

PAMPA Y ZONDA



Dibujo de ENRIQUE O. SOBISCH



DESPUÉS, desolaciones.
Después, extremidades.
Un mapa de jarillas inmerso allá en el alba.
La pregunta de lejos...
La gran pregunta alzada.
Por aquí anduvo el alma su trecho
y su distancia.

Venían norte ardido.
Venían sur helado.
Con senos, genitales,
con los hijos colgando,
sin tiempo de la risa,
sin tiempo del cacharro:
la sed por donde muerte y estupor arrastrado.

Hablo mi viejo niño.
El buscador del agua.
Indigesto en quirquinchos, raíces, alimañas:
un cierto hambriento niño por donde vida, andando.

Entonces monte enano.
La tierra que sudaba la famélica espina,
la raquítica planta.
Eran desolaciones: abismos de la Pampa.
Por allí remolinos con la lengua de brasas.
Eran largos castigos callados,
solitarios.
Acechando la cueva,
oliendo las distancias:
por donde sol jadeante y la carne quemada.

Muerto hasta la laguna,
marchita flor del agua,
venía desde dónde a jadear la plegaria.

Ya el dolor en la carne.
Instalado.
Punzando.
Alojado en la nuca.
Bajo la piel clavando,
por donde los quejidos, brújula del gruñido,
por el pecho y las manos.
Era tropezar huesos.
Los pies cambiando arenas,

la sombra sin lugar,
el rastro sin regreso.
Creciendo por sus hombros,
venía en sequedades ahogado de salivas,
chupando sed del barro.

Entonces,
perspectiva de todo lo que estaba horizontal,
lanzado,
un universo plano
cavando para el hombre hondura en las visiones,
aquellas cavidades,
aquel pozo en la frente de aturdida mirada,
pando bosque de espinas,
y él por la boca abierta,
despierto en los chañares.
Moría la laguna
y de nuevo en el tránsito.
De nuevo el paso ciego.
el paso,
arena,
el paso;
la aridez, la distancia,
como una flor rugosa sobre el mar,
marchitada.
Con el sol en la espalda,
borroneado el semblante,

volcados sobre el pecho sus dos ojos quemados.
De nuevo paso ciego.
El paso,
arena,
el paso.
La agonía en el tranco.
El sol viene del sol
hasta la tierra en tierra,
en el hombre curvado
cae como una hoguera.
Se le sienta en la nuca,
le hace fuego en las vértebras
y el hombre es por su paso un sauce de la arena.
Todo el silencio abierto entre la polvareda.
Fauces las extensiones. Una infinita lengua.

Acontecen tortugas por los médanos quietos.
De pronto: león, culebra, araña. Los zarpazos.
Ahora lucha. Grito.
El arbusto quebrado, enroscado en el hombre,
el león multiplicado
y el cielo, allá, impasible,
callado sobre el drama.
El hombre, sin cavernas,
erizado,
luchando.
El hombre con los dientes.
El hombre con las manos.
El hombre con los pies.

Furioso.
Desolado.
Se pierden los gruñidos por entre el polvo manso.
El hombre por la tierra,
herido,
agonizando.
Con matuastos prendidos,
por bestias desgarrado,
el sol como un cuchillo,
el hombre transpirando.
Un pedazo de vida,
un latido,
un retazo.
Huye por los silbidos para afuera,
hasta el aire,
quiere aún regresar hasta su oscura carne,
de nuevo hasta el martirio,
hasta la sed, el hambre,
para traer de nuevo el respiro,
la sangre.
El hombre en sus silbidos para afuera,
hasta el aire.
El colmillo en sus muslos,
la culebra en sus nalgas.
El hombre estremecido, obstinado en sus babas,
lucha por ver de nuevo, parado, las mañanas.

Quieto. Ahora en sus huesos.
Muerto. Por donde basta.

Eran las soledades puestas en sus extremos,
danza de sus tamaños.
Oscuras sutilezas en las líneas perdidas.
Seca coreografía de un desierto fantasma.
Magros,
los algarrobos,
con magia de falanges,
los inclinaba el viento fugaz y suavemente.
Igual que a un laberinto de mudos esqueletos
que danzaran la nada.

Decirla hasta en su polvo.
Entera pronunciarla.
Buscarla por sus médanos, sus túmulos, sus cañas.
Hablarla con mis ojos.
Aquí,
en mi voz,
raptarla
y traerla hasta el pecho levantada en las manos.
Decirla hasta en su arena.
Hurgar, desentrañarla.
Caminarle las vértebras hasta el fondo del cardo,
como abriendo su arcilla, su greda desafiando,
andar por todo el paso feroz de los caminos
con una loca ruta partida en la garganta.

Sola flor por la frente.

Sola rama doblada.
Sola raíz quemando.
Sola trama extraviada.
Y quién por tus distancias.
Cuántos rastros hallados.
Sola de mis palabras.
Sola por tus mitades.
Y cómo las sequías.
Cementerio de faunas.
Sola por los arroyos.
Sola en rocío y calma.
Decir rumor, rumores.
Y las noches bajando.
Sola jugando al viento.
Arrugado el semblante.
Como flor las orejas.
La boca destemplada.
Ninguna sombra grande.
Sola en tus claridades.
Absorbente del rumbo.
Implacable tragando.
Seductora tremenda.
Andar, andar, callarte.
Sabes la flor del mármol.
El corazón del agua.
Tu brillo por la sal,
como una reina blanca.
Dueña de los ombúes.
Instinto, espinas, alas.

Hundirse aquí en tu cálido
rumor, como en un alba.
Transitar tus medidas.
Explorarte la espalda.
Se duermen tus lagunas
como ojos vaciados.
Yo vengo por tu nombre
rodando con mi canto.

Los pájaros venidos
transcurren por sus vuelos,
como una blanda mano
que acariciara el cielo.
Los pájaros llegados
venían con visiones de clima y de sosiego.

De donde el Zonda, cielo.

Traer desde un relámpago la música a la Pampa,
reventar su aspereza,
por una flor de chispas,
bajarla, descenderla.
Revolcarla en los pastos,
mezclarla con la arena,
por su músculo eléctrico restregarle la fuerza.
Redonda en los calores,
deshilachada, fiera.

Mirar a sus orígenes,
galopar los cometas
precursores del potro de la veloz carrera.
Gritar, enloquecido, los llanos imposibles
y llenarse la boca de su magia magnética.
Tal vez sobre un crepúsculo
avizor, tenso, alerta,
atisbar la más noche
desde toda la noche,
con un profundo vértigo
de soledad y espera.
Sacudido hasta arriba,
hasta la marejada
del clima y las estrellas.
Subir los vegetales,
levantarlos a oxígeno:
tirar del crecimiento
con una furia intensa,
como desenterrando
de un abismo de lodo
la mitad de una estrella.
Como un sol de rodillas
con diamantes y pétalos.

De donde Zonda,
el pasto,
remolinos de yuyos.
Por un sismo envolvente
poseso y amarillo.

Atmósferas marrones.
Aludes de silbidos.
Un ulular de polvo
arrasando vestigios.
Toda fuerza empujando
con un hombro tamaño,
caliente de caminos.
Ruge un furor de rumbos
sordos, como el destino.
Zonda en los empujones.
Gigante desmedido
con látigos candentes,
furioso
y envolviendo
el aliento, los labios, la visión. Los sentidos.
Turbio niño de atmósfera
distraído conmigo.

Traer desde un relámpago fuego, diamantes, vidrios.
Un ocre pestañeo desde el clima dormido
y enredarme en el Zonda con insomnio de canto
y un largo sueño abierto manoteando el destino.

Se muere por el tiempo.
Deja la zona, herido.
Lleva sabor, aroma,
por el día escondido.

Devuelve minerales,
polen, los blancos huesos,
hasta la región vasta
de la luz y el sonido.

Deja la sombra quieta.

El árbol en su sitio.

La pampa en un bostezo.

Los pájaros vencidos.

Sobre la tierra inquieta,
la calma está de nuevo
con el rostro movido.

De donde Zonda,
sangre,
confidente conmigo.

LA MONTAÑA

A FANNY BALTER

DECÚBITO montaña.
Aleación de siglos en las venas dormidas,
la arcilla,
los metales,
el corazón de roca,
la garra del chañar como un ojo de espinas
buscando la raíz genital de la atmósfera.

Del herido costado, rojo torrente quieto.
Claveles, sus pestañas,
y la flor desolada,
esquivan por la sombra las cuchillas del viento,
la voz sur del planeta,
silbando sus pulmones de tempestad y nieve.

El pedregal lo sabe,

lo sabe hasta la cima,
hasta su dedo oscuro hurgador de las nubes,
hasta el perfil del mundo,
hasta la crin de piedra fatal,
final de hielo.
Hasta la ruta azul y el vuelo de la estrella.

Anduve en tus rodillas
y tus pies mendocinos,
respirando.
Con ninguna canción,
medido con mi muerte,
escalando.

Escalando y arriba,
en la nuca del mundo.
Abandonando el árbol,
resbalando en tus cruces,
hundiéndome en tus grietas,
con la voz a callar
y la roja guitarra de mi garganta,
rota.

La cima por la cima,
el viento por el viento,
la piedra por la piedra,
el agua por el tiempo.
Rodando en los colores
por el color abierto,

con los ojos exiguos,
con la belleza a cuestas,
sin nombre,
sin lugar,
por todo el estupor que escurre dimensiones,
la medida del pecho angosta entre las manos,
contraluz y deshecho,
con la belleza a cuestas,
sin contener el prisma,
sin darle residencia,
huyendo y evadido al número y la estética.

La distancia de arriba
se me cae al silencio.

Perenne original.
Campana de cavernas,
interrumpiendo el cielo con tus senos de piedra.
Toda tu piel de nieves,
tus venas cristalinas,
me suman,
me violentan,
cierta pregunta dura,
cierta cosa concreta,
total,
establecida

como una anatomía de mi raíz y el tiempo,
hundida en precipicios, alzada en tu osamenta.

Liberada del año que me corre la sangre
y me encoge los huesos,
te duermes con tu lomo falaz,
intransitable,
lanzándome el bostezo de tu peso callado,
de tu círculo pétreo.

Neutral de mi carne,
el latido y el sueño,
te quedas por tus cúspides
con el rigor encima,
con el rigor adentro.

Tus lavas engarzadas,
tus hombros permanentes,
tu risa mineral,
tu corazón de vientos,
tus cráteres fantasmas,
tus eruptos de Zonda,
tu muslo inexpugnable,
tus arterias de peces,
me dejan en la vida,
corriendo por mi plazo,
por mi instante de voz,
por mi hora candente.
Librado a la ceniza, al jugo y a la espuma,

con la oscura sentencia de crecer hasta el muerto
que modelo,
retoco,
bosquejo y alimento.

Me he perdido en tu noche,
vecina de la luna,
tenaz en el esfuerzo de huir de mi garganta,
integrarme desnudo en tu lengua silente
y estirarme en el vértigo de la nieve y el agua.

Cada latido nuevo se me va de la vida.
Y con cada palabra se me va una palabra.
Tengo una loca angustia de quedarme en los dientes,
correr,
juntar la vida,
apresar el oxígeno
y quedarme,
crecer,
por raíces y arbustos,
contra toda tu piedra,
contra todo tu hielo,
contra todo tu pecho,
contra toda tu espalda,
irregular,
desnudo:
como una mano múltiple de raíces y sangre
sacudiendo tus hombros de vacío y campanas,
circular,

extendida,
aferrada.

No sé sino tu gris guillotina de roca,
tu trama de quebradas,
tus crines de vertientes.
No sé sino tus duras quietudes obstinadas,
tus castillos de mármol,
tus codos de pendientes.

No sé sino una sorda canción de minerales,
elemental
y madre del corazón adentro.

Acumular tu lomo,
ser equilibrio,
sombra,
el intenso latido,
la cosa encaramada hasta el fin de tu punta,
de tu helado nudillo,
de tu última corona inclemente,
incisiva,
del abierto colmillo de orígenes y roca.
Ser, digo, me repito,
ser con la misma mano,
con la misma señal de témpano en la boca,
como una cosa muda,

silenciosa, callada, estrecha, solitaria,
circular,
loca,
recia,
viva y escaladora: sola.

Debo tu origen frío,
tu comienzo sin siglos,
tu hora preliminar,
tu ronco entrenamiento;
estoy debiendo tiempo de carne y corazones
a tu lugar estable,
a tu pulmón de azufre,
a tu gruta de viento,
a tu altísimo,
largo,
aplastador silencio,
ese silencio lleno como una madre encinta
o como un niño nuevo.

La médula y la hora,
el sollozo y la llama,
el ademán, la brújula
y la noche de escamas,
el corazón zumbando,
la aurora derramada:
todo viene y se arroja, fundamental y sísmico,
en la total y endeble vocación de mi espalda.
Sueño que tengo sueños de altitudes y astas.

Volcar, poner, ponerse
besado y con estrellas, con la mano en el alma.
Donde la vida tiene la furia de la vida,
allí,
por la raíz,
por el rostro de savia,
por la cosa que viene del ripio hasta la flor,
hasta la abeja, el ala,
hasta el vuelo y la triste fatiga voladora,
solemne,
de las plantas.
Por encima de todo, tal vez como la luna
lejana, muerta y lejos
del nombre y de la espada.
Volcar, volcar, vaciarse
de toda la pregunta que rebalsa los ojos,
que nos mueve de noche el párpado,
los ríos,
las vertientes sin frutas del lagrimal y el ansia.

La cúspide se mide con mi reloj de huesos.

La piedra se calcula angular con mi plazo.

La inclemencia se cuenta por números de carne.

La estructura se abarca con señales y manos.

El hielo se transforma en mi embalse de sed.

El color me anda el ojo volcado como un cántaro.

La distancia me sube el pecho desolado
y responde a la muerte latidos y campanas.
No traigo sino el hombre,
vaciado como el agua,
a triturar tus pómulos múltiples de oro,
arcilla
y recuerdos del sol.
No traigo sino el hombre.

Ninguna de tus manos abre un solo destino.

Ninguno de tus llantos corta un solo sonido.

Te suman,
te agigantan,
te abren el cuerpo,
miran,
hurgándote el helecho, la sal, los caracoles,
los dormidos misterios de tu risa marina,
de tu sueño de fondo determinado en cima,
final hasta tu cumbre,
como una gran cabeza colgada de las nubes,
de viajes estelares colgada, sostenida
sobre el paso contable de esta voz de los hombres:
la vida.

Decúbito montaña.

Trepadora del cielo.
Rodilla hasta el vacío.

Estoy aquí sin llanto,
con la vida en los brazos.

Estoy sin ataúdes, sin rezo, sin tristeza,
sin parientes de luto, sin mujer y sin cabos.

Estoy,
estoy aquí.
Como si fuera un clavo que tuviera raíces
y tuviera que estar
ahí, aquí,
viviendo todo el fondo con la mano en la greda,
con los pies anegados de existencia y latidos
y la nuca despierta.

Sólo hombre y regresando de Dios,
volviendo entero
del vértigo y los sueños, de la tierra y el cielo,
con las rodillas limpias de súplicas y ruegos.

Hombre y capaz del hombre
que se expande en mi cuerpo.
Sin sufrir la montaña, sin manchar el misterio,

sin recurrir, sin ángulos, sin rincones,
sin miedo:
liberado del ángel y del reloj eterno.
Ando, como la luna,
mis claras plenitudes,
mi estatura de tiempo.

Eslabón y eslabón.

Rudos perfiles.

Escalera de azul.

Duro cuchillo.

Costado de la tierra.

Rojo abierto.

Cuenca del pedernal.

Muñón sangriento.

Síntesis de la sombra milenaria.

Auroras indecibles,
imposibles
crepúsculos y nieblas.

Las noches viento blanco, sus machetes,
los días, el silencio, los abismos.
Y nieve, y nieve en discusión. Y nieve
—sus infinitos pétalos—
danzando en furia su destino de agua
en la mano brutal de la tormenta.
Aquella soledad, aquella sola
presencia del silencio. Solamente
la soledad solar de los cristales
mudos de las vertientes.

Aquella soledad del mundo ciego,
aledaño del cielo y las estrellas.
Márgenes del vacío, crestas rotas,
ademán del planeta.
Cumbre. Montaña. Cumbre.
Plural metal sobre metal. Plurales
dedos abiertos. Cumbres.
Plural de soledad. País de alturas,
unánime de vientos,
de gélidas serpientes silbadoras,
volviendo, repitiendo,
la ráfaga asesina sumergida
en el más hondo corazón del eco.

Aún detrás del tímpano aplastado,
recuerdo mi recuerdo.
Aún sobre la cima, aún en medio,
tengo la obstinación de mi epidermis

cubriéndome los huesos.
Los huesos pensativos de mi sangre,
los huesos que reunen mis canciones,
los huesos que convocan
las sílabas del tiempo,
hasta la voz y el grito,
hasta otro corazón, también despierto.

En medio de mi sangre, digo sangre.
En medio de mi boca, digo boca.
En medio de la vida, digo vida.
En medio de mi carne, digo carne.

En medio de la muerte, digo:
espero.

Estoy aquí guardado
de tanta alondra muerta y su gemido,
pensando que las hojas me sublevan
la hora y el destino.

Estoy hombre,
montaña,
subiendo por mis gritos.

EL AGUA

MUY al fondo, y conmigo, me huele el cuerpo a agua,
me sabe a sal lejana, a diluvio remoto,
irguiendo hasta los ojos mis entrañas solares,
cruzo un túnel de herencia, de gérmenes hermanos
y desde todo el tiempo de anunciarme en el alba,
un oleaje turbio me oprime los dorsales,
una sorda memoria de mar bajo la noche,
un caracol al rojo zumbándome en el pecho,
un gran parto de estrellas licuadas en la sangre,
navegándome el grito, la soledad, el miedo.

Y nítido. Vibrando. La piel. El territorio.
Adentro. Tras el ojo. Clámide con los huesos.
Un vaivén con la luna, un naufragio en la boca
me libera anchos barcos de tránsito, naciendo.

Testimonio conmigo, voy y vuelvo en el sorbo,
desgajo ciegos rumbos de la sed sin espanto
a nado en el más último refugio de mi carne,
hundido más abajo del mundo de mis manos,
allí, cuando levanto la mitad de la noche,
peces inmemoriales me interrumpen la frente
y empujado en la índole, como un río al océano,
alto de ser el hombre la desciendo. Y desciendo.

...Luego,
toda la luna se partió sobre el mundo
y un presagio de anfibios nos ciñó la cintura.

Succionaba hacia afuera
como al centro de un astro
carnal que derribara estrellas con la espalda,
dura,
calladamente,
sonido entre la furia se volvía a su vientre
lenta de atar al viento por sus ágiles manos,
por su potro de azufre, por sus zonas de llamas,
lo sujetaba a fondo con un témpano arriba
hasta desmadejarle su envoltura de pájaros.

Lenta luna moviéndose,

de hierro con sus párpados,
fieros cráteres rojos le cayeron al alba,
silenciosa y caliente soledad desmayada
de paso por la noche desnuda de animales.

De cuajo y ya girando
trepó la lejanía,
la distancia en un rudo paisaje de las sombras,
de cuajo,
trepidando
mudó el peso a su entraña
cabalgando su órbita, lejana y de cenizas.

Luego,
toda la luna se quedó sobre el mundo
nadando en una noche de frío y de silencio.

Entonces bajó el agua,
se nos vino al regazo,
inundaba los valles de líquido y nacía,
fué un diluvio de muslos,
de torsos desde el cielo,
un gigante cayendo con la sal en los dientes,
sobre el sorbo y la gota, a contraluz y en tiempo,
netamente de música, de bronce netamente.

Fué cuando vino el agua sin réplica y a fondo,
chorreándole la espuma de flanco a las tinieblas,
volcada por sus hombros como una sola noche,
como un solo suceso de exprimir las estrellas,
vino el agua subiendo las rodillas del mundo,
se volcaba vaciando cataclismos de hielo,
sordamente de música, fieramente cantando,
se nos venía el agua de océano en océano.
Con un naufragio a solas, con un hueso de témpanos,
bajó entonces el agua. Densamente cayendo.

Precipitada entonces,
rugido con las rocas,
estrépito cavando las médula del hierro,
la cuenca hecha a dos gritos,
a dos inmensidades,
cavando y encogiendo la piel, la tierra viva,
los áridos países, de estrépito en estrépito,
rudamente hasta el fondo,
turbiamente a su templo,
pesada y planetaria se aplastó contra el tiempo,
derribando volcanes, sorbiéndoles el fuego,
y sólida y de mármol, sumergida en su centro,
recóndita de musgos descendía al silencio,
a la noche consigo, a una sombra latiendo
un párpado de escamas florecido por dentro.

Debajo azul,
desciendo con un ancla de carne,
demorando una oscura paloma por el pecho,
todo envuelto de ríos, de plomo más abajo,
vengo a buscar la fuerza que ha dado vuelta un cielo,
que le ató las estrellas con un país profundo,
y cordilleras verdes dormidas bajo el tiempo,
a solas y aferrado a lo íntimo del vértigo.

Me hundo en tus selvas, agua:
vuélcame esta medida de tierra con que habito,
límpiame estas regiones,
esta zona de noche que me ha atado las manos,
álzate de tu sueño líquido y escondido,
vencedora en mis ojos dormidos, subterráneos.

Porque vengo en lo verde, en tu voz sin verano,
derribando a dos muertes tus perfiles de escarcha,
tus mástiles de limo, tu velamen sin puerto
y tu música antigua caída a los cristales.

Sideral con mi brújula, navegando en mis brazos,
por tus mares de estirpe voy sumergiendo el canto:
esta roca entre dientes, esta espina sonora
clavada en el oxígeno con sangre y con señales.

Debajo azul:
un cubo permanente y sin sueño,
simple, sola, callada gravedad con lo eterno,
inmóvil levantando tu catedral de anfibios,
procreándote un gigante de soledad en medio.

RECORDAR los orígenes:
que la piedra es la piedra, el árbol es el árbol
y la tierra es la tierra.

Que la carne, tu carne, mi carne, se repite
igual: originaria, animal y primera.

La tierra está en la tierra,
y el hombre sobre ella con sabor de raíces,
volviendo del fantasma con el amor a cuestas
como un hombro de luz.
Un río de preguntas agotado en respuestas.

El hombre es lo que ama: mujer, luna, alegría,
cierta ebriedad del pulso, hondo reloj de arena
con su gota de sangre.

Pero una gota insomne como el sol.

Atravieso sus carnes
andando desde su alma.
Apartando los climas
hasta mi rostro vengo.

Ahora reclamando.
Con la salud de tierra
cultivo la protesta
por la risa y la vida,
por un canto de auroras
que se abra hasta en las piedras.

Vengo por mi muchacho, callado,
color tierra.
Vengo desde una altura, desde un fondo,
una fuerza,
vertical,
permanente,
a preguntar los rostros,
a preguntar la ausencia.
Quiero alzarlo conmigo,
proyectarlo en la siembra;
quiero arrojarlo al mundo
como una carcajada que nunca se rompiera.
Quiero ponerle el rostro sobre luz,

sobre espigas,
sobre los engranajes,
las matanzas,
las ferias.
Hurgo por las ciudades, deshago la herramienta,
diluyo los papeles,
los números,
la encuesta.
Por todo el mundo muerto.
Final como una hoguera.
Deshojado en el hambre.
Inerte en la tormenta.

Pregunto pòr su sombra,
adónde se lamenta.

Ahora reclamando
vengo por mi muchacho
que anduvo por el germen,
que descubrió la tierra.

No tengo voz en súplica.
Transpiro los clamores.
Reclamo la sonrisa que ahogan indefensa.

Mi madre ha denunciado
el reguero y la huella
y estoy recuperado del castigo y la ofensa
de pie,

en el torbellino de mi salud violenta.
Vertical,
desprendido:
por un canto total con sus plurales fuerzas.

Muchacho de los pómulos,
por hacerte de nuevo,
sacudiría toda la euforia de la quena,
invocaría tierra,
amasaría estrellas.

Por dónde,
por qué rostro,
por qué plegaria hueca
anda tu piel perdida,
tu epidermis de orígenes,
tu sangre indescubierta.

No me nombren las razas.
Pregunto por el hombre que se quedó en la muerte.
Adónde los progresos,
las civilizaciones,
adónde los imperios que lo desagotaron
hasta piltrafa y seco.
No me nombren países
ni grutas de silencio.

Alzarlo.
Levantarlo.

Hermano yo contigo.
Hermano por tus llantos.
Hermano por tus huesos.

Digo el hombre de a uno,
personalmente uno,
singularmente éste,
nacido como el libro: de uno por vez,
de a uno.

Dónde tu voz, pregunto,
tu cansado martillo,
tu música de músculo,
tu sueño sumergido.
Estoy en la esperanza.
Despertarás conmigo.
Con un pan, una estrella
y un poema de niños.

Me devuelvo a mi sombra,
escruto el intersticio,
tengo la gran locura de reírme contigo
por un tiempo de soles,
por entre los países,
aún mayor que el llanto
que oradaba mi ombligo:
los sudores siniestros,
la mugre de los siglos,
las sirenas de acero,

los progresos fallidos,
aún mayor, tú mayor
esparcido en la tierra,
esperando los siglos.
Te brotarán las madres
por el júbilo herido.

Que te talle la aurora
una línea desnuda.
Que el mar murmure voces
que afinen tu laringe.
Que del bosque y la selva
guardes olor de pinos.
Que vengan las montañas
a darte la estatura.
Que un mundo de arcoiris
te incruste los colores.
Que te inunde el paisaje
la boca y los sentidos.

Por fin recuperado
te anuncio y te contengo.
Muchacho color tierra,
por la tierra te espero.
Me quedaré en canciones
para tu buen regreso.

Te guardaré canciones
de mis viejos vecinos,
que te aguardan despiertos
con guitarras y vino.
Te cantaré sus cantos,
unísonos conmigo.

Desde las rosas, lluvias,
entre el alba y enero
Por los rocíos, vientos,
entre brisa y silencio.
Sabor de fruta abierta.
Risa de vida plena.

Transitando tu arteria
regresarás, muchacho.
Cabal, como una roca,
te espero en el abrazo.

Estás bajo los trajes,
por entre los zapatos,
en las conversaciones,
el oro y los bolsillos.
Estás diseminado,
inútil, aguardando
la guerra y los venenos,
las órdenes y el vicio.

Estás por entre libros como flor olvidada,
recordando la página
a dioses aburridos.
Estás en las mentiras
y en las contradicciones.
Entre desorientados
suicidados contigo.
Por la fe de panfletos,
por los diarios y el cine.
Estás acurrucado.

Te denuncio, te acuso el rostro y la mirada.
Ahora te recuerdo la abierta Pacha Mama,
tiempo y tierra que aguardan
tu despertar,
tu sino,
tu salud de la muerte,
tu alegría del grito,
el amor por tu carne,
la risa de estar vivo
diseminando niños:
con un juego de lunas,
la uva y un barquito,
que se pierde en la acequia
jugando a infinito.

Estar.
Permanecer.
Vertical.

Estar para el amor, simplemente,
creando
el camino del hombre que estamos aguardando.

Me pierdo por los besos,
la canción,
los abrazos:
las brújulas brillantes, universales,
blancas.
Llamo desde mis hombros las grandes resonancias
con un vaso de vida chorreándome las manos.

Nunca más de rodillas,
nunca más a pedazos,
nunca más a la muerte
sin haber respirado.
Nunca más como topos,
nunca más acosados.
El hombre por sí mismo
hasta él mismo lanzado,
hasta su envergadura,
hasta el hombre soñado.
Nunca más a las armas,
nunca más al soldado.
Proyectarse hasta el otro,
hasta el mejor logrado.

Búscate por tu rostro,
lávate con mi canto.

Estoy en la esperanza.

Despertarás conmigo.

Con un pan y una estrella,
alumbrando los siglos.

LA PRIMERA EDICION DE ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRAFICOS D'ACCURZIO, DE CALLE BUENOS AIRES Nº 202, DE LA CIUDAD DE MENDOZA, EL DIA 28 DE MARZO DE 1955.